
CONVENTO DE LA MERCED.

I

Al borde de la antigua acequia real se eleva, formando un cuadrilongo, un edificio que pertenece al Orden real, sagrado, celeste y militar de Nuestra Señora de la Merced. Por su parte exterior este edificio no ofrece en su construcción nada de notable; paredes desigualmente clareadas por ventanas de dimensiones diferentes, y el costado desnudo de una iglesia embutida en uno de los lados del cuadrilongo, he aquí todo lo que se puede percibir. Pero si en vez de desalentarse por estas desagradables apariencias, el visitador franquea la cerca, el aspecto interior del convento le recompensa ampliamente de la impresión primera.

Dos puertas se abren hacia un patio que fué en otro tiempo un cementerio, y que sirve de atrio á la iglesia principal y de vestíbulo á la capilla del Tercer Orden y al claustro propiamente dicho. La fachada de la iglesia principal es demasiado insignificante bajo el punto de vista arquitectónico. Tiene una puerta flanqueada de un par de columnas de orden dórico, que sostienen un bajorelieve bastante confuso, el cual representa á Nuestra Señora de la Merced: la cornisa que está al pie tiene la siguiente inscripción: REDEMPTIONEM MISIT D. M. S. POPULO SUO. Una capa de pintura color de coleta cubre toda la fachada, cuyo tinte uniforme no se ve interrumpido más que por la blancura del yeso con que está cubierto el bajorelieve.

Hacia la derecha se levanta solitaria la torre, de dos pisos, adornada de columnillas y coronada por una bóveda esférica.

Penetrando al interior de la iglesia por la puerta que se abre hacia el Norte, se pasa bajo dos bóvedas rebajadas que se asemejan bastante á las criptas del panteón de París. Su extensión transversal es enorme, y á la vista parecen tener unos veinte metros. Estas bóvedas sostienen los órganos y el coro reservado á los religiosos. Mas hacia adelante, el techo se levanta repentinamente, y entonces es cuando la vista, teniendo una perspectiva libre en todos sentidos, puede abrazar el monumento en su conjunto. La iglesia está compuesta de tres naves, de las cuales la principal es mucho más elevada que las de los costados. Columnas reunidas por medio de arcos paralelos al eje longitudinal separan la gran nave de las otras dos, en donde se encuentra un gran número de altares de todas formas y estilos, que colocados lado á lado, sin separación ni barandillas, como muebles arrimados á la pared, producen por su diversidad un efecto chillante que perjudica al conjunto. La bóveda que precede inmediatamente á la que se levanta sobre el altar mayor, comunica libremente con las dos naves colaterales que en este punto llegan hasta la altura del techo de la primera, de manera que semejan una especie de crucero. En el punto de intersección del techo forma una bóveda polígona de un admirable trabajo de carpintería y de tallado. Este trabajo es, en nuestro concepto, lo que debe llamar la atención á pesar del estado de ruina en que se encuentra, porque es la última muestra de un arte casi perdido en México. El techo todo de la nave principal está construído de madera, y es notable por su atrevimiento. Su forma triangular y sus adornos, son análogos á los de la bóveda principal. Anchas cintas de madera que se cruzan formando rombos lo cubren y sostienen en sus intersticios medallones que representan el escudo de la Orden alternando con cabezas de serafines. Cada bóveda está separada por una viga calada y adornada de oro y de carmín. Dichas vigas reposan sobre las columnas. Los colores que adornan aquellas, bastante vivos en algunos puntos, tienen

un brillo que hace lamentar el estado de abandono en que tan hermosas piezas se encuentran. El deterioro proviene del filtramiento de las aguas llovedizas al través de la cubierta exterior de plomo del techo. El remedio, como se ve, no es sino muy fácil.

A la izquierda de la fachada se encuentra el vestíbulo cubierto que conduce al claustro reproducido por la estampa. La reproducción es tan neta, tan bella, tan fiel, que no intentaremos describir lo que cada uno puede ver muy bien. Nos limitaremos sólo á indicar que es acaso el más hermoso resto en México de ese estilo granadino que se ostenta con tanto esplendor en el celebrado palacio de la Alhambra.

Nada puede compararse á la soledad de este claustro, situado en el centro de uno de los barrios más populosos de la ciudad. Columnas blancas de arcos dentellados formando una galería, rodean un patio enlosado, en donde crecen aquí y allá algunas yerbas enfermizas. En el centro una fuente recibe un delgado chorro de agua tomado del acueducto vecino: dos ó tres aguadores vienen aquí á llenar sin ceremonia sus cántaros y sus *chochocoles*, y sus palabras son lo único que interrumpen el silencio que reina en esta especie de tebaida. En un ángulo, una rueda de canelejas, que recuerda los *tread-mills* de Inglaterra por el modo como se la pone en movimiento, sirve para hacer bajar el agua estancada que suele subir y acumularse sobre el pavimento de la iglesia. De tiempo en tiempo se ve el traje flotante de lana blanca de algún religioso pasar y repasar detrás de las columnas para irse á perder entre los sombríos corredores que conducen á las celdas. En las paredes del fondo están colgados varios cuadros representando escenas religiosas, los mártires de la Orden, los santos que en ella se han producido y los doctores que por su ciencia la han servido de ornamento. Todas esas fisonomías mudas, unas en el éxtasis del dolor y otras en el de una beatitud celeste, ostentan sus llagas, levantan sus cabezas cortadas, enseñan sus muñones sangrientos ó sus miembros calcinados, y cau-

san una impresión de malestar y de inquietud que apenas puede dominarse.

La época de la fundación en México del primer convento de la Merced no se remonta más que á 1593, mucho tiempo después de que los franciscanos, los dominicos y los agustinos estaban ya establecidos. Sin embargo, el primer religioso que acompañó á Hernán Cortés, el primero que hizo oír á los indios la palabra de Dios, pertenecía al Orden de la Merced. Fr. Bartolomé Olmedo tuvo también la gloria de celebrar la primera misa luego que los aventureros españoles pusieron el pie sobre el continente americano. Su palabra dulce é insinuante y su inagotable caridad le conquistaron rápidamente un gran número de prosélitos, á pesar de las atrocidades cometidas por los soldados conquistadores. El fué quien bautizó al famoso Mexicatzín, uno de los principales miembros del senado de Tlaxcala, que encanecido en los combates, no pudo resistir á las viruelas importadas por los castellanos. Auxiliado poco después por hermanos venidos de Cuba y de España en 1524 y en 1529, Fr. Bartolomé abandonó México, en donde los franciscanos podían continuar la obra comenzada, para pasar á Guatemala y llevar allá la luz de la fe.

Enteramente consagrados al desempeño de su santa misión, estos celosos religiosos no pensaron en formar un establecimiento sino hasta 1589. Algunas casas reparadas á costa de la caridad pública y situadas en el barrio de San Lázaro, les sirvieron de convento y de seminario. Allí se dedicaban obscuramente á sus trabajos, cuando llegaron á ser el objeto de un insigne favor en recompensa de su modestia y de la abnegación de su vida. El obispo de Perpiñán, D. Fr. Francisco de Vera, en esa época vicario general de las provincias en las grandes Indias, hallándose en Guatemala tuvo ocasión de ver allí dos imágenes perfectamente sacadas de Nuestra Señora de la Merced. Fué tanto lo que le cautivaron, que resolvió tomarse una para dotar al convento recientemente fundado en México. A pesar de toda la habilidad desplegada en esta empresa delicada, se extendió en la

ciudad el rumor de que una de las veneradas imágenes había desaparecido. La población se insurreccionó y el obispo estuvo á punto de ser apedreado. Empero la Providencia velaba, y la imagen, cuidadosamente empacada, y no teniendo por otra dirección más que estas palabras: *Quien te encaminare á México, Dios lo encamine*, escapó durante seis meses á los accidentes de un transporte confiado á los indígenas, atravesó trescientas leguas por regiones desiertas y salvajes, y entró de una manera triunfal á México en 1596. De manera que,—añade el R. P. Juan Antonio de Oviedo, jesuita, que refiere el hecho—podemos afirmar que la Santísima Virgen ha venido milagrosamente hacia nosotros. Ella recibía por todas partes—dice—sin pagar nada; su viaje no nos costó ni dinero ni trabajo; entró al fin por la puerta en donde fué acogida con el respeto y la pompa que le eran debidos. Desde entonces ha continuado haciendo sentir su influencia milagrosa, porque provoca las limosnas que sostienen al convento, y no era poco decir, pues según el P. Fr. Luis de Cisneros, sus gastos ordinarios solamente se elevaban á más de 20,000 pesos anuales.—Hoy la preciosa imagen puede verse en un nicho encima del altar mayor del templo.

Bien pronto, estrechos en su primera casa, los religiosos provistos de una cédula real fechada el 20 de Enero de 1594, pensaron en escoger un local más conveniente. No tardó en presentarse la ocasión y el Pr. Fr. Francisco Jiménez, vicario general en 1601, compró en 18,000 pesos varias propiedades que pertenecían á un sacerdote de la ciudad llamado Guillermo Berondate. A esta adquisición sucedió la de algunos inmuebles contiguos, separados por desgracia del primer lote por un callejón muy concurrido. Esta circunstancia produjo un conflicto que estuvo á punto de tomar un carácter muy grave: queriendo reunir los dos terrenos de su dominio, los religiosos se resolvieron á interceptar el paso del callejón. Sin curarse de la prohibición del virrey, conde de Monterrey, que les había prevenido que se abstuvieran de llevar adelante su intento, trabajaron con toda prisa durante toda una noche, que á la mañana siguiente la po-

blación llena de asombro se preguntaba en vano qué había sido de su callejón acostumbrado, y concluyó por descubrir que había sido tapiado por ambas extremidades. Al extenderse esta noticia todo el vecindario se reúne; el asombro cede el lugar á la cólera, y la multitud se lanza á destruir los andamios valientemente defendidos por los reverendos padres. Su valerosa resistencia sirvió para que ganaran su causa ante el virrey, quien desistió de su oposición; y así fué como quedó fundado el convento actual de la Merced.

Dueños del terreno, los religiosos comenzaron inmediatamente la construcción de su iglesia, cuya primera piedra fué puesta el 8 de Septiembre de 1602 por el conde de Monterrey en persona. Es la que sirve hoy de Capilla al Tercer Orden. Los gastos de la construcción fueron cubiertos con los productos de dos minas que los frailes se pusieron á explotar; la una, que estaba abandonada, era conocida con el nombre de Zacualpan; la otra era una cantera de tezontle llamada de la Piedra y situada en las montañas de Santa Marta, grupo volcánico aislado que se encuentra al Sudeste de la ciudad entre los lagos de Chalco y de Texcoco.

Hasta entonces los establecimientos, ya bien numerosos, del Orden de la Merced, habían dependido de la provincia de Guatemala; pero un breve del Papa Pablo V, fecha el 7 de Diciembre de 1615, apoyado en una real cédula de 15 de Junio de 1616, concedió al general del Orden la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente. Esta separación tuvo lugar en su esencia por medio de la patente de 11 de Junio de 1617, nombrando provincial al P. Fr. Benito Martínez, y de hecho, en 16 de Mayo de 1620, día en que se verificó la primera ceremonia capitular. En 1626 se fundó el convento de Belén, destinado para los novicios, en un lugar encantador al Oeste de la ciudad, conocido con el nombre de Merced de las Huertas.

La iglesia primitiva del convento de México, convertida en el establecimiento principal de la Nueva España, antes de mucho no estuvo ya en relación con el esplendor exigido por el culto.

Resolvióse, pues, la edificación de una nueva iglesia, y los maestros arquitectos consultados acerca de los gastos probables de la construcción, después de haber convenido en su plan, pidieron 100,000 pesos, que el P. Fr. Juan de Herrera tuvo la idea de procurarse ofreciendo el patronato de la obra á 100 personas, quienes debían dar cada una 1,000 pesos, pagaderos en misas numerosas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios. La lista de la subscripción á cuya cabeza se hallaba el nombre del virrey marqués de Cerralvo, se cubrió prontamente, y en consecuencia los cimientos fueron puestos en 1630. El 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra de la portada, según lo indica la fecha grabada entre las dos columnas de la izquierda. Por desgracia, los trabajos comenzados con vigor se aflojaron prontamente, ya sea á causa de la inexactitud del cálculo que había fijado los gastos en 100,000 pesos, cuando llegaron á 150,000 pesos, ó ya por la indolencia con que los patronos inscritos verificaban el entero de su subscripción. Aumentóse la lista de subscriptores y se recurrió á la petición de limosnas, y gracias á estos auxilios, la iglesia estaba en estado de abrirse el 30 de Agosto de 1654, en presencia del arzobispo metropolitano D. Francisco Manso y Zúñiga y del virrey duque de Albuquerque. Pero no fué sino hasta el 18 de Enero de 1682 cuando tuvo lugar la consagración definitiva, como lo prueba la siguiente inscripción que se lee en el tercer pilar á la derecha de la gran nave: "Consagró esta santa iglesia el Illmo. y reverendísimo maestro D. Fr. Juan Durán, del real Orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos. Dom. 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654." Por este tiempo el campanario, comenzado por Fr. Francisco Jara, estaba muy poco avanzado. No se llegó á acabar, ni sus campanas á sonar sino hasta el 16 de Abril de 1695, con motivo de la elevación del mencionado religioso á la dignidad de provincial.

Es probable que en esta fecha los patios y viviendas de un antiguo *mesón* que formaban parte de las adquisiciones primitivas, hubiesen servido de claustro provisional, porque no se encuen-

tra mención alguna del magnífico claustro actual sino hasta 1702. En su crónica, y con fecha 20 de Septiembre del año indicado, dice Robles: "Otorgaron escritura de patronato de la iglesia de la Merced al provincial Fr. Baltasar de Alcozer, y el defensor al conde de Miravalles D. Alonso de Avalos, con algunas capitulaciones, y el dicho conde les entregó este día 12,000 pesos en reales *para la obra del claustro de dicho convento*, y después ha de dar otras cantidades."

El 12 de Diciembre de 1703 se celebró la dedicación; pero la falta de recursos retardó sin duda su conclusión, porque el barandal de fierro, de un trabajo en verdad muy mediano, no fué puesto sino hasta 1713, como ha tenido cuidado de recordarlo el buen herrero, quien grabó la fecha del modo siguiente: "Acabóse esta rejería á 5 de Setiembre, año de 1713, siendo provincial el M. R. P. M. Fr. Baltasar de Alcozer y Lariñana: Bartolomé fecit." Por último, una inscripción colocada al ras del pavimento nos dice que el claustro no quedó terminado sino hasta 1785: "En 12 de Septiembre de 1785 años se finalizó la reedificación de este claustro á expensas (la mayor parte) de los señores de la ilustre archicofradía."

Instituída en 1218, bajo D. Jaime de Aragón, por San Pedro Nolasco, nacido en San Papout, en el Languedoc, la Orden de la Merced, fué en un principio compuesta de religiosos que tenían un carácter militar, como lo demuestran sus títulos y su piadoso traje. Usaban calzón con ataderos y hebillas, el perpunte y la ropa á la española, y sobre el pecho un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo en la parte inferior. La cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la milagrosa salvación de un rey de Aragón que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas en el momento de salvar un foso peligroso, y dejó allí la impresión de tres dedos. Hoy los religiosos continúan usando el escudo, pero el traje ha tomado un ca-

rácter enteramente monástico desde la reforma verificada por San Ramón Nonato.

La Merced era un convento rico en libros y en pinturas de varios maestros célebres; pero convertido repetidas veces en cuartel, estas riquezas han sido maltratadas y en gran parte destruídas por la soldadesca desenfrenada. Hacer el mal por el mal, es una distracción estúpida y bárbara que se creía perdida con la desaparición de los vándalos y de los godos; pero parece que esas razas han encontrado en el siglo XIX descendientes dignos de ellas. Casi todas las obras de la biblioteca están truncas. Cuatro grandes telas de Juan Correa, colocadas en el gran vestíbulo del primer piso, están acribilladas á bayonetazos; los ojos de los personajes son los que, sobre todo, han servido de blanco á esos valientes guerreros. La mayor parte de los demás cuadros ha sido desgarrada é innoblemente manchada.

A pesar de esta lamentable destrucción, se encuentran aún restos interesantes por más de un título. El cuadro más curioso y el más maltratado también, es el que se puede ver hacia la derecha de la puerta de la capilla del Tercer Orden. Representa el bautismo de ese mismo Maxicatzin, de quien ya hemos hablado más arriba, aunque otros dicen que es de un rey de Texcoco, por Fr. Bartolomé de Olmedo. La firma del cuadro es esta: *Nicolans Rodríguez Xuárez clericus presbyter fecit*. Es una obra que se recomienda por grandes cualidades de composición y por un colorido muy sólido y perfectamente en armonía con el asunto. En el centro, arrodillado sobre las gradas del bautisterio, el noble indio recibe las aguas santas. Su fisonomía, arrobada y expresiva, tiene impresa la humildad cristiana unida á una dignidad severa; revela una fe robusta. El tipo es de una gran nobleza y se comprende que caracteriza á la raza indígena. Esta figura forma un contraste interesante con la cabeza europea de Olmedo, sobre la cual el pintor ha concentrado la luz, los contornos un poco afeminados, el tinte blanco del sacerdote, que aunque un poco falsos bajo el punto de vista de la realidad, le idealizan comunicándole un no sé qué de místico. Un lego teniendo

los Santos Oleos, colocado detrás del bautisterio y visto de frente, completa el grupo principal. A la derecha, Cortés, cubierto de su armadura, parece servir de padrino al neófito, sobre cuya espalda apoya su mano. Sea casualidad, sea por cualquier otro motivo, el pintor descuidó al conquistador, á quien da un ademán y una figura bastante tristes. En el fondo están agrupados varios castellanos é indígenas, de los cuales uno tiene el quitasol de plumas de los antiguos aztecas; hacia la izquierda, dos soldados subidos sobre unos postes, suenan el clarín y el tambor, como para anunciar *urbi et orbi*, la buena nueva.

Un poco al centro, un escribano sentado frente á una mesa escribe el protocolo de la ceremonia; por último, en la parte delantera del tapete que cubre la mesa, el pintor ha trazado estos versos:

Apláudate este orbe entero,
Grande Fray Bartolomé,
Porque para el sol de fe
Le serviste de lucero.
De haber sido tú el primero
De este orbe conquistador,
Nadie borra el esplendor,
Y aunque otros después vinieron,
Ellos apóstoles fueron,
Pero tú el precursor.

Es de sentirse que esta tela, que cae á girones y á la cual nada protege contra las injurias del tiempo y de los hombres, no sea confiada á los cuidados de un pintor inteligente encargado de restaurarla, porque es, no tan sólo importante en nuestro concepto como obra de arte, sino de sumo interés como página histórica.

En el claustro abundan las telas. Las de D. Ignacio Rodríguez de Ayala (1807) son medianas á pesar de sus dimensiones, y las que están formadas por D. Joaquín Esquivel (1797) no están á la altura de la reputación de este maestro. Citaremos, sin embargo,

como dignos de atención, el éxtasis de San Pedro Pascual, por Manuel de Arellano (1720); el curso de Teología de Fray Gerónimo Pérez, por Tomás Benítez (1730), y la muerte de San Pedro Nolasco, por Diego Vázquez.

Además de las telas lastimadas de Juan Correa, que se hallan en el gran vestíbulo del primer piso, deberemos mencionar un descendimiento de la cruz y una última cena, de Cabrera, en donde se encuentran todas las cualidades del colorido de este fecundo artista. La frescura de los tonos y la delicadeza de las medias tintas están tan bien conservadas, que se podía decir que esos cuadros salían apenas del taller del artista.

En los corredores y galerías se encuentran una multitud de pinturas representando los mártires y los santos de la Orden. Casi todos parecen producto del mismo pincel. El arte no parece haber sido la preocupación dominante del artista, quien, con un adorable candor, ha completado, por medio de leyendas é inscripciones, lo que el arte podía dejar que desear. Sin embargo, ha sabido bosquejar sencillamente escenas en que el drama se mezcla con lo grotesco. Cada vez que encuentra la ocasión, prodiga la sangre sobre sus tintas grises, casi borradas; abre heridas sobre los cuerpos de las víctimas, de las cuales unas muestran melancólicamente sus lenguas cortadas, otras indican con sus brazos mutilados, sus manos ó sus pies, que yacen por tierra: coloca de nuevo las cabezas cortadas sobre los cadáveres aterradores, á los que galvaniza con un postrer aliento de vida, para dar al mártir el tiempo de lanzar un suspiro supremo hacia Dios que le llama. Al lado de estos asuntos fúnebres se ven otros que hacen sonreír por la manera con que el artista expresa su idea; así, pues, se ve á Miguel de Orenenes, acompañado de un gran diablo que le hace un gesto horrible por detrás y le grita en los oídos: "Este es el que tanto nos atormenta," de lo cual el pobre religioso parece exasperado, pues su aire expresa un malestar del más gracioso efecto. El milagro de Antonio de San Pedro, quien se arranca una enorme muela para hacer brotar del alveolo un chorro que va á apagar la sed de un compañe-

ro del religioso, quien recibe la sangre sobre sus labios desecados, puede colocarse en la misma categoría. Empero la producción más original en este género es ciertamente la que se encuentra encima de la entrada del coro. Es un bosquejo grosero, obra de algún devoto pintor de paredes. Figúrese el lector un paisaje con una capilla hacia la derecha; en el centro va un carro cargado de libros tirado por un chivo, sobre cuyos lomos se encabrita el señor Satanás, quien azota á su cabalgadura con toda la fuerza de su brazo, con una serpiente á guisa de látigo; por detrás se percibe un diablillo que hace mover una de las ruedas y lleva también en la mano su correspondiente serpiente. El convoy parece dirigirse hacia la capilla, sin que pueda uno explicarse el por qué, puesto que, si fueran libros santos, hubiera sido más natural que el diablo se apoderase de ellos para destruirlos, y por consiguiente, que él y su paje se alejasen á toda prisa del lugar en donde debieron haber cometido el robo. La leyenda del cuadro no ilustra mucho á los que buscan la explicación de esta escena singular. La primera estrofa, y son seis, por todas, dice así:

Esa que ves biblioteca,
Del coro el diablo la saca
Cargado de desperdicios
Y de mal dichas palabras....

Luego sin transición alguna el poeta interpela al lector y le dice hasta brutalmente, que es muy triste ser condenado por no haber orado lo bastante, pero que es más triste aún ir al fuego eterno á pesar de las oraciones, de lo cual concluye sesudamente que es preciso dirigirse á Dios pesando bien las palabras, y que no es permitido tratar á tan alta majestad como se trataría á un cualquiera. Nosotros lo creemos así sin trabajo, pero nos parece que estas sencilleces pueden compararse á las que están esculpidas sobre la puerta de San Marcos, en Venecia.

No terminaremos estas líneas sin tributar nuestro sincero y

respetuoso agradecimiento al R. P. Provincial, Fr. Severo Cruz Manjarrez, cuya bondad para ayudarnos en nuestras investigaciones, será para nosotros un recuerdo que jamás se borrará del pecho.

JULIO LAVERRIERE.

000783